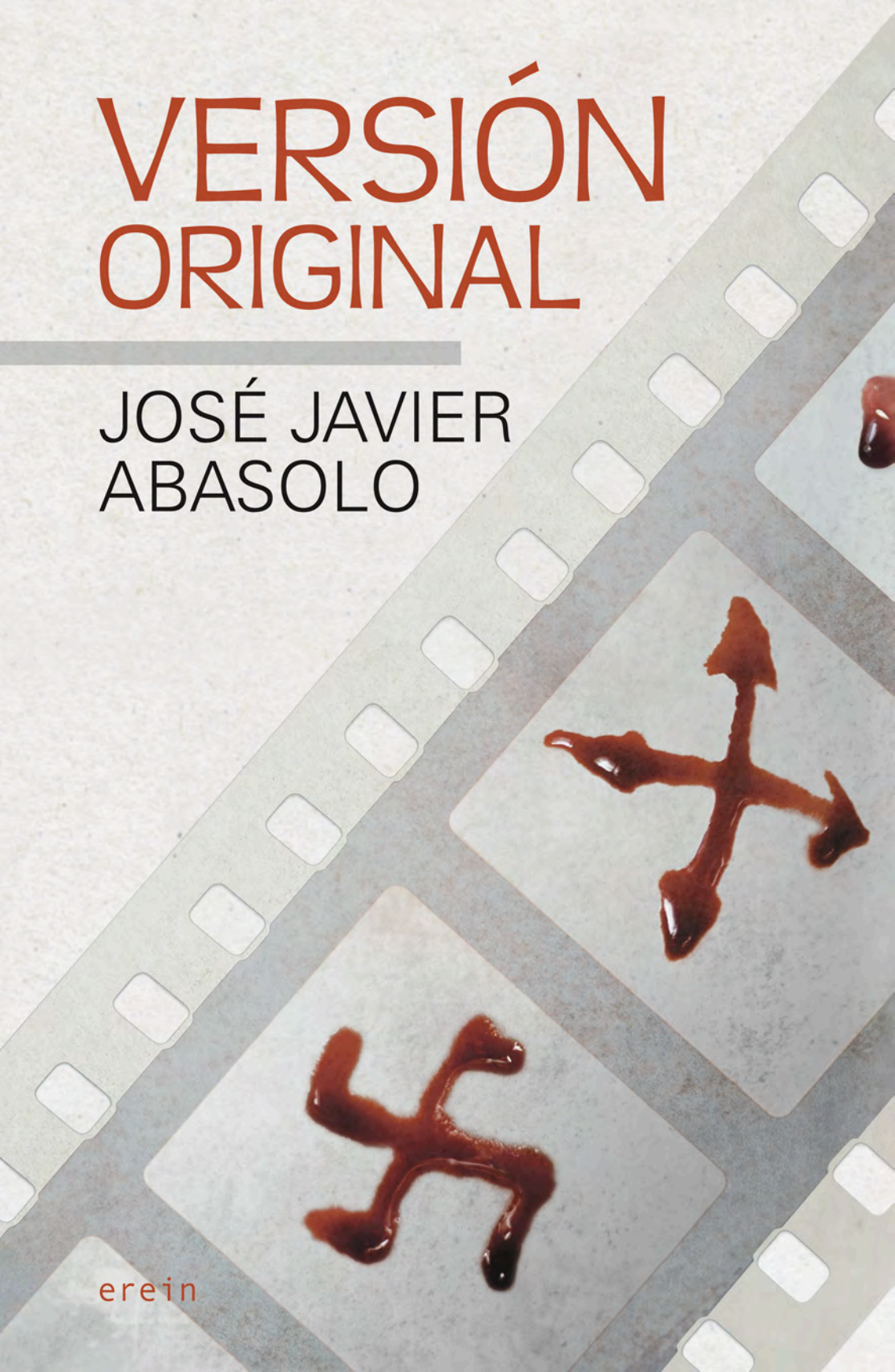


# VERSIÓN ORIGINAL

JOSÉ JAVIER  
ABASOLO

erein

The background of the cover features a diagonal film strip. Two frames are highlighted with a light gray border. Each frame contains a dark red, viscous, abstract shape that resembles a cross or a swastika, with irregular, dripping edges. The overall aesthetic is somber and evocative.

# VERSIÓN ORIGINAL

43

---

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

*1.ª edición: mayo de 2021*

Diseño de la colección y portada:  
Cristina Fernández

Maquetación:  
Itxaropena

© José Javier Abasolo

© EREIN. Donostia 2021

ISBN: 978-84-9109-715-0

D.L.: D 500-2021

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: [itxaropena@itxaropena.net](mailto:itxaropena@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)

JOSÉ JAVIER ABASOLO

# VERSIÓN ORIGINAL

erein

(ALABAMA)

Lo primero que hace el policía rubio que acaba de bajarse del coche camuflado es quitarse las gafas oscuras que lleva puestas y otear el horizonte, como si de ese modo pudiera abarcar y comprender mejor todo lo que tiene frente a él. Lo que ve debe satisfacerle, porque vuelve a colocárselas con gesto displicente, como si quisiera dejar meridianamente claro que está inmunizado contra las prisas que asolan al mundo moderno. La mujer que acaba de reunirse con él tras salir del mismo vehículo, en cambio, no realiza ese gesto tan peliculero, aunque su gesto duro parece indicar que no lo ve todo tan risueño como su compañero.

Durante unos breves instantes los dos policías se quedan mirando a lo lejos, como si otearan los dorados minaretes de Samarkanda, hasta que el hombre, tras un silencio de poco más de tres segundos, habla con su compañera.

—¿Vamos? –le pregunta lacónicamente.

—Sí, vamos –le contesta ella igual de lacónica.

Despacito, como si tuvieran todo el tiempo del mundo, se van acercando hasta la entrada de la mansión que han estado contemplando al salir del coche policial. Es una casa grandiosa por su tamaño, aunque anodina por su arquitectura, de tres plantas, en cuya fachada pueden divisarse unas cuantas esculturas adosadas que, tal vez, no desentonarían en Atenas, al lado

del Partenón, pero que en esa población del Profundo Sur de los Estados Unidos no pasa de ser una muestra de mal gusto y ostentación. Aunque nadie osará decírselo a la cara a sus propietarios ya que, a tenor de lo que puede contemplarse a simple vista, seguramente son también los amos no solo de la casa sino del pueblo entero. Una mansión, en definitiva, en la que las únicas personas que no pertenecen a la categoría de blancos, anglosajones y protestantes son los criados afroamericanos y latinos que desempeñan allí los trabajos domésticos. Y, por supuesto, en ella no puede faltar un mástil que se yergue, enhiesto, en su frontal y en el que ondea la bandera de las barras y estrellas.

Los dos policías, cuyos zapatos aparecen impecables pese a haber hecho el camino a través de un césped recién regado, son interceptados por un colega uniformado que se cuadra ante ellos mientras hace un saludo militar, tocando con los dedos de la mano derecha la sien del mismo lado.

—Teniente de detectives James Worthington —dice el hombre rubio, sacando una placa y enseñándosela al uniformado—. Y mi compañera —mueve el brazo en dirección a la mujer que está junto a él—, la sargento de detectives Myrna McGowan.

—No hacía falta que se identificara, señor —replica el agente que custodia la casa—. Le había reconocido —añade exultante mientras mira arrobado al gran hombre que gracias a su porcentaje de casos resueltos se ha convertido, en muy poco tiempo, en toda una leyenda entre los policías del sureño estado de Alabama. Seguramente él también aspira a quitarse cuanto antes el uniforme y llegar a ser un detective de los que se encargan de asuntos difíciles, de esos que te dan prestigio y te convierten en protagonista de las portadas de los diarios y de los noticieros de las cadenas de televisión.

—Se lo agradezco, agente —responde, condescendiente, Worthington—, pero siempre, en toda ocasión, debe solicitar

la documentación a quienes se acerquen a un escenario del crimen. Siempre. No lo olvide si quiere prosperar en esta profesión.

—No lo olvidaré, teniente, se lo aseguro. Muchas gracias.

Worthington hace un gesto con la mano que lo mismo podría significar “eres un perrito bueno, Toby” que “eres tonto del culo, paleta de mierda” y sin pronunciar ni una palabra más se dirige, seguido por su compañera, hacia la entrada de la casa. Han debido estar observándolos desde el interior porque nada más acercarse a la puerta esta se abre y una mujer de raza negra, vestida con un perfectamente planchado y almidonado traje de doncella, que luce en su cabeza una cofia, les ruega que entren, añadiendo que los señores les están esperando.

Tanto formalismo, casi más propio de la pequeña aristocracia sudista que se ha quedado anclada en los tiempos de la Guerra de Secesión que del siglo XXI, extraña a los dos policías, que se miran como si quisieran decirse que tal vez se han equivocado, que no es posible que en una mansión tan pulcra y aséptica se haya cometido un crimen. Pero saben que no, que nadie se ha equivocado, que, si el jefe de homicidios de la Oficina del Sheriff ha enviado allí a su detective estrella y a su nueva compañera, es porque, efectivamente, una persona ha sido asesinada y, al parecer, los padres de la joven —porque según los informes la asesinada es una mujer joven— poseen la suficiente influencia sobre el alcalde para que este se asegure de que no se va a escatimar lo más mínimo con tal de resolver el caso.

La criada los conduce, a través primero de las escaleras y posteriormente por un pasillo que parece interminable, a una estancia, el gabinete, como lo denomina, en la que una pareja de mediana edad les está esperando. Él, impecablemente vestido, con un traje gris y una camisa blanca adornada por una pajarita de color azul oscuro, conserva aún una melena aleonada, aunque encanecida por el transcurso del tiempo. Ella lleva,

ceñido a su cuerpo, un vestido con el que podría asistir a una cena de gala en la Casa Blanca y en su garganta luce un collar de perlas con el que, en opinión de los hábiles ojos tasadores de la sargento McGowan, podría pagarse el lujoso deportivo que antes de entrar en la casa ha vislumbrado a través de la entreabierta puerta del garaje. No parece la ropa más adecuada para disfrutar cómodamente de la paz del hogar, aunque por otra parte le parece natural que la posición social que ostentan les impida recibirlos ataviados con unas rústicas batas de franela y unas avejentadas zapatillas.

Sin estrecharles la mano el hombre canoso les pregunta si son los detectives Worthington y McGowan.

—En efecto —contesta Worthington—. Yo soy el teniente de detectives James Worthington y mi compañera es la sargento Myrna McGowan —recalca los grados, como si quisiera dejar claro que no son unos “simples detectives”, como parecía desprenderse de las palabras del señor de la casa—. Les acompañamos en el sentimiento —añade con tono compungido— y le prometemos que no dejaremos hasta llevar a la silla eléctrica al asesino de su hija.

Mientras el padre pronuncia un rotundo y exigente “eso espero” la madre pierde por un breve instante su compostura y amaga con un posible sollozo, pero la buena crianza se nota en esos momentos y enseguida recompone el rostro.

—Lógicamente necesitaremos la máxima colaboración posible —aprovecha para decir Worthington—. Somos plenamente conscientes de que son momentos difíciles para ustedes, pero en la investigación de un asesinato el tiempo es un factor decisivo.

—Lo entendemos —dice el padre de la víctima— y nos ponemos a su disposición para lo que haga falta. Supongo que quedará ver el cadáver... —titubea por primera vez, como si pronunciar la palabra cadáver le supusiera, y seguramente le supone, un esfuerzo inmenso—, el cuerpo de nuestra hija —dice finalmente.



Sin esperar la respuesta toca un timbre que se encuentra encima de la mesa de roble que hay en el gabinete y en muy pocos segundos aparece la criada que los había acompañado hasta allí.

—Roberta, acompañe por favor a los señores a la habitación de la señorita Melissa.

Mientras recorren en sentido inverso el interminable pasillo, Myrna McGowan, entre susurros, le pregunta a su compañero si allí, en el sur, son todos igual de estirados y puntillosos.

—Es que llamar señorita Melissa a su hija muerta... —insiste Myrna—. No sé, pero suena tan formal, incluso en estos momentos, que me parece muy fuerte.

—Pues ya puedes ir acostumbrándote —le dice entre condescendiente y protector a su compañera—. Esto es el Profundo Sur, el Cinturón de la Biblia, no California ni la Costa Este.

Es fácil adivinar cuál es la habitación de Melissa porque apostado junto a la puerta se encuentra otro agente uniformado. También este reconoce al teniente ya que, tras saludarlo militarmente, como pocos minutos antes había hecho su compañero, le indica que puede entrar.

—El doctor Forrester ha acabado hace un rato su inspección y le está esperando —añade.

Allan Forrester es un forense como se supone que tienen que ser los forenses de las series de televisión. Más cerca de cumplir setenta años que de los sesenta, con una considerable tripa cervecera, una melena rebelde en la que se empiezan a notar ciertos claros, un bigote irregular en el que pueden apreciarse, dispersas, lo que tiene toda la pinta de ser hebras de tabaco y un rostro afable que invita a la confianza. Tiene, además, todo el aspecto de ser un personaje al que le encanta hablar.

—Pasa, James, pasa. Te estaba esperando —dice nada más observar al policía rubio. Y luego, volviéndose a su compañera—: usted debe ser, sin duda alguna, la sargento McGowan. Me

han hablado mucho de su capacidad y eficiencia. Es un auténtico placer conocerla.

Tras pronunciar esas palabras se inclina en un ángulo de casi noventa grados y cogiendo la mano derecha de Myrna McGowan, la besa. A la sargento de detectives, que por lo sorprendente del gesto no ha sido capaz de rechazarlo, se le nota que no le gusta nada lo sucedido e incluso abre la boca para soltar algún improperio, pero la vuelve a cerrar cuando, atisbando los ojos del forense, se da cuenta de que no ha pretendido ser machista ni protector, sino que ese gesto le ha salido espontáneamente, sin duda como consecuencia de su esmerada educación sureña.

—Está claro que el cabrón de Hogan es un tipo influyente —la expresión que acaba de usar parece deslucir la exquisitez con la que se ha comportado al saludar a la policía, pero en su boca no suena tan malsonante como pudiera parecer en la de cualquier otro—, porque ha conseguido que designen al mejor detective de la Oficina del Sheriff para que dirija la investigación. Y Dios sabe que vais a necesitar toda vuestra capacidad e inteligencia para resolver este crimen.

—¿Por qué lo dices? ¿Ahora tú también te has metido a detective?

—¡Dios me libre! —responde, riéndose, el forense. Y el acto de reírse hace que le surja una papada que parecía mantener oculta, pero que ahora se bambolea como si estuviese bailando salsa—. Bastante tengo con lo mío como para pretender enmendarte la plana en tu trabajo. Pero llevo ya vistos muchos asesinatos. Demasiados. Y mi olfato me dice que resolver este va a ser complicado. Muy complicado. Pero dejad de hablar tanto, coño, y acercaros al cadáver, que no os va a morder.

Myrna McGowan tuerce el gesto ante lo que considera un comentario irrespetuoso de Forrester, pero su compañero debe estar acostumbrado al lenguaje del forense porque, tras

palpearle el hombro, le dice que tiene razón y se acerca, seguido por la sargento, hasta la cama en la que yace el cuerpo de la joven.

—Podéis observar lo que queráis y toquetearla sin miedo, porque no vais a contaminar la escena del crimen. Los especialistas en esa vaina ya han pasado por aquí y han hecho su trabajo, o eso supongo. Así que adelante, es toda vuestra.

El teniente Worthington y la sargento McGowan, precedidos por el médico, obedecen a este último y se acercan hasta la chica que está tendida en la cama, con los ojos completamente abiertos, como si mirara al infinito.

—¿A nadie se le ha ocurrido cerrárselos? —pregunta, más extrañada que molesta, la sargento.

—¿Y qué más da, si ya no puede ver nada? —exclama Forrester, sin perder su rictus de buen humor—. Venga, dejaos de tonterías y examinad conmigo el cadáver.

El médico, uniendo la acción a la palabra, retira la sábana que tapa el cuerpo de la joven asesinada, que está vestida con un camisón de encaje, y señala su garganta.

—Como veréis, ha sido cruelmente degollada. Aunque creo que lo que he dicho no tiene mucho sentido, toda degollación es cruel. Sobre todo, para quien la sufre —se ríe nuevamente de su chiste, aunque no consigue que los dos policías se sumen a sus risas.

Al mismo tiempo que despotrica por lo bajo sobre la falta de sentido del humor de los agentes de la Oficina del Sheriff, Forrester da la vuelta al cadáver, colocándolo de espaldas y levantando el camisón hacia arriba, dejando a la vista las nalgas de la joven.

—Interesante, ¿no creéis?

Worthington y McGowan parecen fascinados por esos glúteos en los que puede verse marcada una cruz gamada que luce, ominosa, en su nalga izquierda.

—No parece un tatuaje —aventura la sargento McGowan.

—No lo es —responde el teniente Worthington—. Se parece más a la marca de un hierro.

—Quieres decir, ¿como los que se usan en los ranchos para marcar a las reses? —pregunta, extrañada, McGowan que, aunque ha visto en su vida muchas películas del Oeste, no puede disimular su educación urbanita.

—Así es, señorita —se adelanta a responder Forrester.

—Para usted, sargento McGowan —le espeta, seca, esta última.

Desde el primer momento ha quedado claro que entre el médico forense y la sargento de detectives no se generan vibraciones positivas, lo que no parece afectar al teniente Worthington que, ajeno a la hostilidad soterrada que ha surgido entre las otras dos personas que se encuentran en la habitación, mira fijamente las nalgas de Melissa Hogan, fascinado por la señal estampada en ellas.

—Me pregunto si esa marca se la habrá hecho el asesino. Porque de ser así sus gritos tendrían que haberse escuchado en un área de muchas hectáreas y, sin embargo, por lo que sabemos, nadie oyó nada.

—Cloroformo —dice el forense—. Primero la durmieron con cloroformo y posteriormente la marcaron. Por eso no protestó. Y para cuando podría haberlo hecho ya estaba muerta.

Aunque en realidad había hablado para sí mismo, sin esperar una respuesta, Worthington agradece la puntualización de Forrester. Sí, eso lo explica todo, piensa durante unos segundos. Al menos así parece indicarlo el gesto de intensa concentración que aparece en su cara. Por fin, como si saliera de su ensimismamiento, el teniente aleja sus ojos del culo de la joven, a la que ya ese impúdico examen visual no puede afectarle lo más mínimo, y vuelve a hablar con el forense, mientras le señala la mano derecha de la muerta.

—Le falta el dedo anular —indica—, y parece una amputación reciente, muy reciente.

—No se te escapa ni una —se ríe Forrester—. Sí, además puedo afirmar con total seguridad que la amputación se ha producido cuando ya estaba muerta. Pero no sé muy bien qué puede significar. Es posible que nos encontremos ante un fetichista sexual, aunque yo jamás he creído en esas zarandajas psicológicas de las que hablan mis colegas más jóvenes. Será que me estoy haciendo viejo. O, simplemente, más experimentado —vuelve a reírse el forense—. Por lo demás, no he encontrado ninguna herida defensiva. Ni pelos debajo de las uñas, ni rastros de sangre, ni ninguna de esas cosas que tanto emocionan a mis colegas de las series televisivas.

—Sí, parece coherente con lo que nos has dicho acerca de que estaba bajo los efectos del cloroformo cuando fue degollada. Seguramente por eso no gritó ni se defendió.

—Es lo más probable. No puedo descartar taxativamente que intentara defenderse, por supuesto, pero no he encontrado ningún indicio al respecto. Pudo haber, de hecho, tuvo que haberlo, un antes y un después de administrarle el cloroformo. Quién sabe, quizás estaba tan aterrorizada que ni siquiera se le ocurrió gritar ni tuvo los arrestos suficientes para defenderse. O igual sí que hizo ambas cosas, o sólo una de ellas, pero en todo caso debió hacerlo de un modo tan poco consistente que es imposible afirmarlo. Desgraciadamente no puedo decirte qué es lo que sucedió en realidad. No soy Dios sino un simple médico de pueblo.

—Sí, seguramente tienes razón. Lo que no entiendo es que el cadáver haya aparecido en su habitación. En su cama.

—Por lo que me han comentado los primeros agentes que se personaron en la mansión, los padres de Melissa no deben ser asiduos espectadores de la serie CSI y desconocen que no se puede alterar el escenario del crimen. Y si lo saben se la suda.

Ventajas de tener metidos en el bolsillo al gobernador, al alcalde y hasta al propio sheriff del condado. Supongo que se les podría detener por obstrucción a la justicia, pero si admitís el consejo bienintencionado de un perro viejo, yo que vosotros no lo haría. Podrías encontraros con una carta de despido en el bolsillo en menos de lo que cuesta hacer una llamada a cualquiera de esos tres gerifaltes.

Parece que la sargento McGowan va a decir algo, pero Worthington, con un gesto de la mano, la ordena callar. No es el momento de que suelte uno de sus vehementes discursos radicales. Estima a su compañera, y está seguro de que podrán formar una buena pareja, al menos en el aspecto profesional, pero eso no le impide pensar que cuando estén a solas tendrá que explicarle que Alabama no es su Nueva York natal y que en este estado sureño se funciona de un modo diferente que en la Gran Manzana. Y, le guste o no, más vale que se adapte si no quiere verse metida en problemas. Entre los que el menor de ellos sería, como ha insinuado el forense, que la suspendieran de empleo y sueldo. Por eso es el teniente quien toma de nuevo la iniciativa.

—¿Sabes quién encontró el cadáver?

—Acabas de estar con ella. Roberta. Me imagino que querás interrogarla, así que va a estar esperándoos fuera de la habitación. De todos modos, creo que también ha recibido órdenes en ese sentido por parte de los dueños de la casa, por lo que no tendréis ningún problema para hablar con ella. Salvo por la desconfianza innata de esta gente a hablar con la policía, por supuesto.

Worthington asiente en silencio antes de volver a hablar con Forrester, sin hacer la menor alusión a ese comentario de tintes clasistas, cuando no directamente racistas, quizás porque él, al contrario que su compañera McGowan, cuya actitud sí delata cierta incomodidad, ha sido educado en los mismos

valores y con los mismos prejuicios que el médico, por lo que, aunque no lo manifieste de viva voz, comparte íntimamente sus palabras. O quizás porque prefiera no enemistarse con el viejo y obeso forense, que es toda una institución en el condado.

—¿Hay signos de agresión sexual? —pregunta finalmente Worthington.

Forrester, antes de responder, saca un purito de uno de sus bolsillos y lo enciende parsimoniosamente, como si quisiera dilatar el momento de disfrutarlo. Al parecer a ese rincón de los Estados Unidos no han llegado las leyes antitabaco o, de haber llegado, es otra norma que los nativos se creen eximidos de cumplir.

—Aparentemente no, si excluimos la posibilidad de que el asesino haya sido un fetichista sexual, por lo del dedo amputado, pero de eso ya hemos hablado —responde satisfecho, tras dar la primera bocanada mientras se regocija al advertir los aspavientos que hace la sargento McGowan, que siempre ha sido una convencida enemiga del tabaco—. No hay síntomas externos, al menos, de agresión. No se puede descartar que haya tenido relaciones sexuales previamente a su asesinato, pero eso sólo podríamos saberlo tras efectuarle la autopsia.

—¿Y para cuándo podrá tener el preceptivo informe? —le pregunta la sargento, que pese a la hostilidad latente entre ellos intenta mantener una postura de exquisita profesionalidad.

—Muy bueno eso de “preceptivo” —se ríe Forrester, sin disimular que se está riendo de la sargento y no sólo de sus palabras—. Sí, muy bueno. Aquí, señori..., perdón, sargento McGowan, sólo es preceptivo lo que decidan las autoridades que lo sea, y las autoridades han decidido que no es necesario efectuarle la autopsia a la difunta Melissa Hogan. Fin de la historia.

—Pero eso no es posible —protesta el teniente Worthington.

—Tú sabes que sí, James —responde esta vez completamente serio el forense—. Los Hogan no sólo son una familia de las

más importantes del estado, sino que sus múltiples negocios dan trabajo a casi la totalidad de los habitantes del condado y a muchos de los condados adyacentes. Y no sólo controlan, como os he dicho antes, al gobernador, al alcalde y al sheriff del condado, sino a la mayoría de los jueces que ejercen en esta zona. Así que no hay ni va a haber ningún tipo de autopsia.

—¡Es increíble! —exclama Myrna McGowan.

—Todo lo contrario, sargento —en esta ocasión no se vislumbra ningún tipo de hostilidad en las palabras del forense—, es completamente creíble, por desgracia. Lleva usted poco tiempo, por lo que veo, en esta zona del país, pero ya se irá acostumbrando. De todos modos —añade—, el motivo de la muerte está claro, así que una autopsia no variaría en nada el dictamen sobre la misma. Sí, ya sé que nos proporcionaría otro tipo de datos, pero quizás esos hipotéticos datos son la causa de que Mark Hogan III se oponga a su realización.

—¿Sospechas algo raro, Allan? —el teniente le llama por su nombre de pila, como buscando su complicidad.

—Tú eres el policía, James —contesta el médico, encogiéndose de hombros—, así que tú sabrás. Es cierto que en la gran mayoría de los asesinatos cometidos los primeros sospechosos, y en muchas ocasiones los últimos, son las personas más cercanas o allegadas a las víctimas, pero no me imagino a Mark Hogan III, o a su mujer, Danielle, asesinando a su hija. Ellos serían más partidarios de enviarla interna a un carísimo y rígido colegio suizo o inglés, llegado el caso. Conozco a Hogan, y no voy a poner la mano en el fuego por él. Es un fanático religioso, además de autoritario y despótico, lo que por otra parte no es un defecto personal, sino que le viene de familia, y como te he dicho controla con mano de hierro tanto sus negocios como la política estatal, pero creo que jamás mataría a su hija. Aunque os repito que es sólo una opinión personal y que no pondría la mano en el fuego por él.



—Me imagino que sabes de lo que hablas, Allan, pero si es así no entiendo que se niegue a que se le haga la autopsia a su hija. Ni tampoco que hayan movido el cadáver. Se supone que tanto él como su mujer tendrían que ser los primeros interesados en que descubramos al asesino o asesinos de su hija.

—Se supone, se supone —repite esta última frase Forrester—. ¡Hay tantas cosas que se suponen! Pero tienes razón, Hogan es la persona más interesada en averiguar quién mató a su hija. Aunque no te confundas, no le interesa por un exceso de amor paternal, que no niego que exista, sino porque quien lo ha hecho lo ha desafiado. O, al menos, eso es lo que él pensará. Nadie atenta contra una posesión de Mark Hogan III, y a estos efectos su hija Melissa, por duro que pueda pareceros, no era sino otra posesión más que alguien le ha arrebatado y tendrá que pagar por ello. Y preferiblemente utilizará sus propios medios para lograr su objetivo. Hogan sólo se relaciona con los poderes públicos para darles órdenes, no para aceptar sumisamente sus reglas, así que no os envidio para nada. No sólo vais a tener que averiguar quién ha asesinado a la pobre Melissa, sino que hasta es posible que tengáis que colaborar con una multitud de detectives privados contratados por él.

Myrna McGowan tuerce el morro al escuchar las últimas palabras del forense. No le gustan nada los detectives privados, unos entrometidos que pretenden hacer el trabajo de los policías y que, sobre todo si se ven respaldados por gente poderosa, como seguramente sucedería en este caso, incluso los miran por encima del hombro. Pero opta por no decir nada, intuye que de hacerlo Forrester le diría algo así como “esto es Alabama, no Nueva York, querida”, y prefiere no tener la necesidad de responderle. Además, es su compañero quien expresa el pensamiento de ambos.

—¿Detectives privados entrometiéndose en nuestro trabajo? No me gusta la idea, no me gusta nada.

—Lo entiendo —responde, comprensivo, Forrester—, a mí tampoco me gustaría nada que alguien viniera a mi sala de autopsias para meter sus narices en mis cadáveres, pero me temo que es lo que hay. Y aunque todos en el departamento conocen tu valía, Hogan es mucho Hogan y nadie quiere enemistarse con él. Te aprecio, James, y espero que tú tampoco lo hagas.

—Aunque no vaya a realizar la “preceptiva” autopsia —la sargento McGowan recalca la palabra, como si volviera a manifestar su disconformidad con lo irregular del procedimiento—, por lo menos podrá establecer la hora aproximada en la que fue asesinada.

—Teniendo en cuenta la temperatura del cadáver, así como la del exterior, supongo que entre las diez y las doce de la noche. Y sólo lo supongo, señorita, perdón, quería decir sargento —añade, zumbón, el forense—, porque me faltan los datos de esa autopsia que pese a su obligatoriedad legal y procesal no se va a hacer. Pero aun así estoy convencido de que el óbito se produjo en el intervalo horario que acabo de especificar.

—¿Y desde esas horas hasta hace muy poco no ha sido descubierto el cadáver? —pregunta el teniente Worthington, sin ocultar su extrañeza.

—Como seguramente sabes, James, porque es de dominio público en todo el condado —el forense se dirige directamente al teniente, obviando a su compañera—, Hogan es un hombre de costumbres austeras, al menos cuando se encuentra en el condado —sonríe al decir esto último— y se acuesta muy pronto, momento en el que se cierran las verjas de la mansión. Supongo que Melissa tendría sus propias llaves para acceder a la finca, pero eso ya no tiene importancia porque falleció antes de traspasar la verja. Y cuando esta se cierra ningún miembro de la casa está autorizado a salir de ella, de ahí que transcurrieran un buen montón de horas hasta que se descubrió lo sucedido.

Worthington exhala algo parecido a un suspiro de asentimiento antes de preguntarle al médico si hay algo más que quiera comentarle y cuando este le responde que no, que ya le ha dicho todo lo que tenía que decirle, se despide de él. Mientras Forrester sale de la mansión los dos policías le dicen a la criada, que ha estado esperándoles fuera de la estancia, que desean hablar un momento con ella.

—¡Yo no he hecho nada! ¡No sé nada! —parece descomponerse entera, como si la estuvieran acusando de ser la responsable de la muerte de la joven Melissa.

Ese es el momento elegido por la sargento McGowan para mostrar el talante que le confiere su educación neoyorquina y tranquilizar a Roberta asegurándole que no tiene nada que temer, que ya saben que ella es una mujer honrada a carta cabal así como totalmente leal a sus patronos, pero que tienen que hablar con ella, ya que es quien encontró el cadáver de la señorita Melissa.

Al escuchar esto último la criada hace la señal de la cruz mientras empieza a sollozar y decir “pobre señorita Melissa, pobre señorita Melissa”.

—Roberta —la interrumpe con voz firme, quizás algo más elevada de lo estrictamente necesario, el teniente Worthington, haciendo estériles los intentos de su compañera por calmarla, como si ya hubiese tenido su oportunidad y la hubiese desaprovechado—, será mejor que nos cuente cómo la encontró si no quiere verse metida en problemas. Y no sólo con la justicia —deja caer la posibilidad de que acabe perdiendo su trabajo, lo que sí parece hacerla reaccionar. Y es que hay estímulos a los que todos responden del mismo modo.

—Sí, señor comisario, como usted ordene —responde Roberta, que no debe entender las sutilezas de la jerarquía policial, pero que seguramente ha visto en la televisión que el de “comisario” es un cargo importante—. Pero la verdad es que saber, lo

que se dice saber, no sé nada. Lo mío ha sido tan sólo mala suerte, se lo juro por Dios y por todos los santos del cielo. Una de mis tareas consiste en sacar a pasear los perros de los señores, lo que hice a primera hora de la mañana, como todos los días. Pero debieron notar algo, tienen un olfato muy desarrollado, o quizás un sexto sentido —vuelve a santiguarse al decir esto último—, así que empezaron a tirar de la correa hasta que se soltaron. Les seguí para ver qué ocurría y me llevaron hasta la verja de entrada de la mansión. Fue entonces cuando vi a mi niña, tirada en el suelo. Al principio me pareció que era tan sólo un bulto, pero al acercarme me di cuenta de que era ella. Me extrañó que estuviera así, caída, pensé que quizás le había dado un mareo, pero cuando me fijé más y vi... y vi su garganta —no pudo continuar y se tapó los ojos con las manos, como si de ese modo quisiera borrar la horrible visión que seguramente había vuelto a ocupar su mente—. Lo siento —sollozó—, lo siento, no puedo...

—Tranquilícese, la entendemos perfectamente —vuelve a intervenir la sargento McGowan—. ¿Qué hizo después, cuando comprobó que Melissa Hogan estaba muerta?

—No lo sé, no me acuerdo de nada. Tienen que creerme porque les estoy diciendo la verdad —suplica, más que dice, entre temblores, la criada—. Me puse tan mala que perdí el sentido y cuando lo recobré estaba tumbada en mi cama, dentro de la casa.

Es algo fácilmente comprobable, y seguramente cierto, dada la personalidad de la criada, piensan los dos agentes de la Oficina del Sheriff que, no obstante, insisten en preguntarle si observó o notó algo que se saliera de lo normal. Ante su respuesta en sentido negativo le dan las gracias por su ayuda y le piden que les diga a los señores que desean entrevistarse nuevamente con ellos.

Aunque los padres de la joven asesinada no tardan nada en recibirlos, por su aspecto se desprende que no les hace nada

felices entrevistarse de nuevo con ellos. Además, por si su gesto de desagrado no fuese suficiente, Mark y Danielle Hogan no les invitan a tomar asiento, como si de esa manera quisieran dejar claro que no desean dedicarles mucho de su preciado tiempo. Y así lo confirman las palabras que pronuncia el primero cuando Worthington y McGowan entran en el gabinete.

—Roberta nos ha indicado que desean hablar con nosotros de nuevo y por eso les hemos recibido, pero no entendemos para qué. No sé si se darán cuenta, pero todo el tiempo que estén hablando con nosotros es tiempo perdido a la hora de buscar al responsable de la muerte de nuestra hija.

—Lamentamos tener que entrevistarnos con ustedes en un momento tan delicado —se adelanta a hablar Worthington, quizás temeroso de que si lo hace su compañera sea capaz de soltar un exabrupto—, pero precisamente el tiempo es fundamental en este tipo de casos y el procedimiento nos indica que debemos hablar, en primer lugar, con las personas más allegadas a la víctima.

—El procedimiento, el procedimiento —bufa Mark Hogan— ¿Creen ustedes que si mi abuelo y mi padre, o yo mismo, se hubiesen atendido a los procedimientos habrían podido fundar el imperio económico con el que yo me encontré y que no dejo de expandir? ¡El procedimiento! Basura, eso es lo que es. Y lo que tendrían que hacer ustedes es correr detrás del asesino, en lugar de estar perdiendo su tiempo y hacérmelo perder a mí.

—Por eso no se preocupe, señor Hogan. Cuanto antes y más concisamente responda a nuestras preguntas, antes acabaremos y ninguno de nosotros habrá perdido ni un ápice de su valioso tiempo.

—Entonces haga cuanto antes sus preguntas —replica, cortante, Hogan—. Así acabaremos pronto y podremos dedicarnos a actividades más productivas.

Si esas palabras han ofendido a Worthington este no lo demuestra, sino que agradeciéndole su buena disposición le pregunta dónde fue hallado el cadáver. Obviamente ya conocen ese dato, no sólo por las manifestaciones de los agentes que han acudido al recibirse la llamada avisándoles del suceso en la Oficina del Sheriff sino, sobre todo, por las declaraciones de Roberta, la criada, pero quieren confirmarlo también de boca del propio Hogan.

—¿Ve cómo sí me está haciendo perder el tiempo? Si es usted tan buen policía como me han asegurado tanto el sheriff como el alcalde supongo que ya se habrá informado convenientemente de ese aspecto, así que no entiendo a qué viene esa absurda pregunta.

—Nos interesaría conocer su versión, de primera mano, sin intermediarios —interviene, sin que esta vez pueda evitarlo su compañero, la sargento McGowan, con un tono áspero, capaz de competir, e incluso de superarlo, con el que acaba de utilizar el propio Hogan—. Supongo que no desconocen que con su acción han podido destruir pruebas importantes para la resolución del crimen.

—¡Chorradas! —exclama Mark Hogan—. Si saben hacer su trabajo eso no tiene que ser importante. Si, por ejemplo, descubren diversas huellas en el lugar de los hechos, lo único que deben hacer es separar las nuestras y centrarse en las demás.

—¿Y si sólo aparecen huellas o rastros de ustedes? —se revuelve la sargento.

—¿Qué insinúa? —pregunta Hogan sin ocultar su enfado.

—Mi compañera no ha querido ofenderlo, señor Hogan —interviene Worthington, en un intento de evitar la confrontación entre la sargento y el señor del condado—, sólo quería indicarle que su acción ha podido ser perjudicial para la investigación. Aunque espero que no la afecte demasiado —finaliza en tono conciliador.

—Eso espero yo también, siempre que sepan realizar su trabajo.

—Lo sabemos, por eso no se preocupe. Ahora, si no tiene inconveniente, nos gustaría saber dónde fue encontrada su hija Melissa y quién la encontró.

—La encontró Roberta —interviene, por primera vez, Danielle Hogan. Tiene una voz chillona, aunque eso puede ser consecuencia del *shock* que, presumiblemente, le ha producido la horrible muerte de su hija—. Había salido para pasear a los perros cuando, junto a la verja de la mansión, ustedes la habrán visto perfectamente ya que hemos tenido que abrirla para que entraran, vio, tendida en el suelo, a Melissa. Al principio pensó que se había desmayado, pero cuando le vio..., cuando le vio la garganta —dice finalmente, con lo que para ella supone un gran esfuerzo— empezó a chillar desafortunadamente mientras corría hacia la casa. El resto se lo pueden imaginar.

Worthington y McGowan asienten en silencio, mostrándole de ese modo su simpatía. La sargento, aunque seguramente sigue pensando que la prepotencia y el despotismo son la seña de identidad del matrimonio Hogan, es consciente de que el dolor de una madre de Alabama no se diferencia en nada del de otra madre criada, como ella misma, en el Bronx o, llegado el caso, en cualquier otra parte del mundo.

—Me da igual que no lo comprendan —vuelve a hablar Danielle Hogan—, ni siquiera me importa que me procesen por obstrucción a la justicia —parece sincera, como si en ese momento no fuese consciente de que el inmenso poder de su marido impediría que eso ocurriera—, pero no podía dejarla ahí fuera, expuesta a, a..., no sé, curiosos, periodistas, carroñeros de cualquier tipo. No a mi preciosa hija Melissa.

Los dos policías no son los únicos que se sienten incómodos ante las palabras de Danielle Hogan. Su marido también

parece encontrarse violento, por eso pregunta a los agentes de la ley si desean saber algo más.

—Sí, señor Hogan —se apresura a hablar Worthington, tal vez temeroso de que su compañera vuelva a hacer alarde de su incontinencia verbal—, por lo que nos ha dicho su hija fue encontrada junto a la verja de la mansión. ¿Sabe de dónde venía?

—La verdad es que no. ¿Danielle? —se gira en dirección a su esposa.

—Había ido al pueblo, al centro comercial, con unos amigos —contesta Danielle Hogan.

—¿A qué centro comercial? —pregunta la sargento McGowan.

—Al Hogan Center —contesta Mark Hogan III, que da la impresión de que se ha mordido la lengua para no decir “¿cuál iba a ser?”.

—Por lo que también han dicho, su hija fue encontrada tirada en el suelo. ¿No llevó su propio coche?

—No —contesta la madre—. La vinieron a buscar y supongo que los mismos que la llevaron la traerían.

—¿Sabe quiénes fueron? —pregunta Myrna McGowan.

Danielle Hogan parece vacilar antes de contestar.

—Bueno... —dice finalmente, aunque aún parece indecisa—, sus amigos de la *High School*. Eso es lo que me dijo antes de salir.

—Necesitaríamos saber sus nombres —le pide el teniente Worthington.

—Si les parece bien más tarde les haré una lista y se la envío a su oficina.

Parece mostrarse más colaboradora que su marido, por lo que Worthington le agradece su buena disposición, pero quien vuelve a hablar es la sargento McGowan.

—Entre esos amigos, ¿no había ninguno especial?

—¿Especial? ¿A qué se refiere?



—Bueno, ya sabe —la sargento parece buscar una complicidad entre mujeres—, algún chico con el que estuviera más a gusto que con los demás, alguien que le hiciera sentir de otro modo. No sé, un amigo fuerte o novio.

—¿Novio? Mi hija no tenía novio —interviene Mark Hogan, como si deseara zanjar ese asunto.

—A veces las hijas se confían más en las madres que en los padres —sonríe Myrna McGowan al decir eso—, sobre todo en ese tipo de asuntos. ¿No es cierto, Danielle?

La señora Hogan, al ser interpelada de ese modo, tan directamente y por su nombre de pila, empieza a mostrar inequívocas señales de nerviosismo. Durante unos segundos mira a su marido, como si necesitara su aprobación antes de contestar a la pregunta, pero enseguida se vuelve hacia la sargento y como si de repente hubiese tomado una decisión irrevocable, pronuncia un nombre.

—Steve Baumann.

—¿Steve Baumann? —repite, furioso, su marido—. ¿Me estás diciendo que ese desgraciado de Steve Baumann estaba saliendo con Melissa?

—Es un buen chico —le replica su mujer, que parece haber perdido todo atisbo de timidez. Durante unos momentos da la impresión de que en el gabinete sólo están ellos dos, como si los agentes de la Oficina del Sheriff se hubieran evaporado—. Además, a Melissa le gustaba.

—¿Un buen chico? —Hogan continúa enojado, pero intenta contenerse a duras penas—. ¡Un buen desgraciado! Eso es lo que es, un buen desgraciado. El hijo del dueño de la hamburguesería del pueblo...

Mark Hogan III no añade nada más. Con eso es más que suficiente. Lo mismo podría haber dicho que Steve Baumann era un indigente que pide por las calles acompañado por un perro lleno de pulgas o un toxicómano que atraca gasolineras para

costearse la droga. Es el hijo del dueño de la hamburguesería local y con eso está todo dicho.

—Conozco a Steve y a su padre, pero, de todos modos, para mayor seguridad, nos interesaría que nos proporcionaran tanto su dirección como su número de teléfono móvil, en caso de que dispongan de ellos, por si hubiera algún dato discordante que tuviéramos que analizar —interviene de nuevo James Worthington intentando, con su tono aséptico y profesional, rebajar la tensión—. Y del resto de sus amigos, por supuesto.

—Esta misma tarde se los haré llegar —contesta, solícita, Danielle Hogan.

—Muchas gracias —responde Worthington sabiendo que, aunque podría dárselos en ese mismo instante, no es prudente meter prisa a una mujer de la posición social y las influencias de la señora Hogan—. Ahora quisiéramos hacerles una última pregunta.

—¿Otra más? —se indigna Mark Hogan—. ¿Es que todavía no nos han molestado suficientemente?

—Pregunten lo que quieran —dice, en cambio, Danielle Hogan que, según va transcurriendo la conversación, parece desmarcarse, cada vez más, de su marido—. Si se trata de descubrir al desalmado que mató a nuestra hija, pueden estar seguros de que responderemos a todas sus preguntas.

Un casi inaudible “por supuesto”, pronunciado por Mark Hogan, parece zanjar el asunto y dulcificar, en lo posible, la situación, lo que aprovecha el teniente Worthington para formular esa última pregunta.

—Supongo que al haberla trasladado desde el lugar en que la encontraron a su habitación —no puede evitar dar un circunloquio ante lo delicado de la pregunta que les va a hacer—, habrán tenido tiempo de comprobar ciertas características que, bueno, que han aparecido en su cuerpo.

—¡Al grano, teniente! Mi mujer y yo tenemos la edad suficiente como para no escandalizarnos por nada de lo que usted pueda decir, aunque nos duela. Me imagino que se refiere a la marca que el asesino imprimió en sus nalgas.

—Así es, señor Hogan. Una cruz gamada. ¿Les sugiere algo ese detalle?

Tanto por el carácter y la posición de Mark Hogan III, así como por el hecho de que su familia hunde sus raíces desde hace varias generaciones en el tradicionalmente racista estado de Alabama, los dos detectives de la Oficina del Sheriff piensan que seguramente están delante de un supremacista blanco, si no directamente de un miembro activo y nostálgico del Ku Klux Klan, pero prefieren no aventurar delante de él esa hipótesis y esperar a su reacción, que no tarda ni un segundo en llegar.

—¿Que si me sugiere algo? Sí que me sugiere, sí. Miren, no soy nazi. ¿Cómo podría serlo si mi abuelo luchó contra Hitler y fue uno más de los valientes soldados americanos que desembarcaron en Normandía?

James Worthington, que como nativo del condado conoce bastante bien la historia de la familia Hogan se sonríe al recordar que Mark Hogan I jamás pisó un campo de batalla sino que gracias a sus influencias, aunque llegó a disponer del grado de coronel, hizo la guerra encerrado en un despacho. Pero aún así se sonríe sólo por dentro, no osando traslucir esa sonrisa al exterior.

—Eso no significa, sin embargo, que simpatice con los judíos. Ni con los negros, hispanos o amarillos —añade el nieto del héroe de guerra, ajeno a los pensamientos del teniente de detectives—. Pero tampoco les deseo ningún mal. De hecho, para mí trabaja mucha gente de esas razas, ustedes mismos acaban de conocer a Roberta, y todos ellos están bien tratados y mejor pagados. La mayoría de ellos, por no decir todos, jamás han vivido tan bien hasta que no entraron a mi servicio. Y, desde luego,

ninguno de los mejicanos y portorriqueños que están a mis órdenes desea volver a sus míseros países de mierda. De todos modos, jamás he sido hipócrita, y por eso les digo también, de la misma manera, que no los considero mis iguales. Ni mejores ni peores —no daba la sensación de ser muy sincero al pronunciar estas palabras, pero ninguno de sus interlocutores se lo recrimina—, simplemente no creo que seamos iguales. Si Dios, en su omnisciente sabiduría, hubiese querido que todos los seres humanos fuéramos iguales nos habría creado a todos blancos.

—O a todos negros —le replica la sargento Myrna McGowan, que está ya más que harta de tener que morderse la lengua.

—Sí, ¿por qué no? —responde Hogan, en el mismo tono que habría utilizado con un vagabundo, en el dudoso caso de que conociera a alguno, si este le hubiera preguntado si creía que en un futuro podría llegar a ser vicepresidente de su conglomerado empresarial—. Pero lo que quería decirles, si usted no me interrumpe más, sargento, es que puede haber gente resentida e ignorante que piense que esas ideas, basadas en el respeto al orden natural de las cosas y en la palabra divina, pueden equipararse al nacionalsocialismo, esa ideología perversa que derrotamos con las armas.

—En ese caso, ¿cree que el crimen iba, en realidad dirigido contra usted?

Hogan alza sus brazos en señal de impotencia antes de decir que lo desconoce por completo.

—Es a ustedes a quienes les corresponde averiguarlo. Así que empiecen a mover el culo en lugar de permanecer aquí haciéndonos preguntas idiotas.

—Le agradecemos su tiempo —contesta Worthington, demasiado sumiso a los ojos, brillantes de rabia, de Myrna McGowan, que no se priva de comentárselo cuando salen de la mansión.

—No sé cómo has aceptado humillarte ante ese cabrón engreído.

—Tú, cuando estuviste en la Academia de Policía de Nueva York, te debiste perder las clases en las que explicaban cómo tener mano izquierda con los testigos, ¿no? Además, deberías saber que dándole de hostias a Hogan no ibas a conseguir nada. Bueno, sí, el despido o algo peor.

—Jamás he dado de hostias a ningún testigo. Ni siquiera a un detenido. Pero tampoco les he lamido el culo. Jamás.

—Bueno, pues en este caso me temo que tendrás que lamer más de un culo, hasta que la lengua se te quede como papel de estraza. A mí tampoco me hace ni puta gracia, pero es lo que hay. Sobre todo, si queremos descubrir al responsable del asesinato de Melissa Hogan.

Myrna McGowan mira con dureza a su compañero, como si quisiera fulminarlo, hasta que justo en el momento en que ambos se suben de nuevo a su vehículo empieza a reírse estruendosamente, a carcajadas.

—Papel de estraza. Joder, tío, tienes cada golpe. ¡Papel de estraza!